

estudios

Fisonomía de la lectura

Luego de otros artículos míos sobre la lectura (1) y, en especial, del último, también aparecido, muy recientemente, en la REVISTA DE EDUCACIÓN (2), vuelvo a ocuparme hoy en estas mismas páginas de lo que, por un puro afán de brevedad, me atrevo a denominar "Fisonomía de la lectura". Debo disculparme por lo ambicioso o excesivo que pueda parecer este título. Expongo tan sólo algunas consideraciones para una caracterización o fisonomía de la lectura. Tal era mi propósito y lo que cabía intentar dentro de los límites propios de una revista. Y en este sentido, no en otro más amplio o prometedor, ruego al benévolo lector que lo acepte.

Los puntos aquí tratados someramente, son: 1.º El libro, soporte de la lectura; 2.º Rasgos de la lectura; 3.º La vida, enemiga de la lectura; 4.º Modos de leer; y 5.º Leer para vivir.

En otro artículo inmediato trataré de la lectura infantil, y en algunos que proyecto más adelante, de muy diversos aspectos relacionados entre el libro y el lector.

EL LIBRO, SOPORTE DE LA LECTURA.

Poco se puede y aun se debe añadir sobre el libro, cuando, en realidad, tanto se ha dicho y escrito. Pero acaso convenga insistir, de pasada, en sus permanentes valores de espiritualidad. Aunque sólo sea para reiterar una vez más algo de lo que siempre se ha de tener presente.

Si ya Cervantes, siguiendo a Plinio, afirmó que no hay libro malo que no tenga algo bueno, en nuestros días nos ha aclarado Marañón (3) que "el libro verdaderamente disolvente e inmoral, el libro fundamentalmente impío, no ha sido nunca invención creada para perturbar la sociedad en que brotó". La malicia, en efecto, como asegura un proverbio chino, no está en lo que se dice, sino en lo que se escucha. Y el libro bueno —el que ha de interesarnos cuando se hable, en general, del libro y de la lectura— es —como ha dicho también Marañón (4)— "el amigo ejemplar que todo lo da y que nada pide. El maestro generoso que no regatea su saber ni se cansa de repetir lo que sabe. El fiel transmisor de la prudencia y la sabiduría antiguas. El consuelo de las horas tristes. El que hace

(1) Cfr. *Aspecto social de la lectura*, núm. 2, mayo-junio 1952, págs. 127-133, y *La lectura ante el futuro*, número 93, 2.ª quincena de febrero de 1959, págs. 1-5.

(2) Cfr. *Hacia una educación de la lectura*, núm. 130, 1.ª quincena de marzo de 1961, págs. 1-4.

(3) Cfr. Gregorio Marañón: *El libro y el librero*, en la publicación titulada "En torno al libro", Madrid, 1955, páginas 5-12.

(4) *Ibidem*.

olvidar al preso su cárcel y al desterrado su nostalgia. El sedante de los grandes afanes que va, donde quiera que vayamos, con nuestro dolor. El que ablanda nuestro corazón en los momentos de dureza, o nos vigoriza cuando empezamos a flaquear. Y, después de ser todo esto, tiene la soberana grandeza de no hipotecar nuestra gratitud... El libro —concluye— nació perfecto. Casi como nacen las obras directas de la mano de Dios".

"Yo diría —añade otro escritor actual (5)— que el libro ha sido, realmente, un regalo de los cielos para que el hombre no esté solo... En principio fue el Verbo, dice el Evangelio. El Verbo, o sea la palabra, fue lo primero para Dios. El libro es lo primero para el hombre. El Verbo traducido al hombre es el libro. Porque el hombre no tiene memoria permanente, no tiene la omnisciencia de Dios, y por eso ha necesitado grabar la palabra, imprimirla. Ha necesitado del libro."

Mas el libro no sólo figura entre lo más espiritual salido de la mente humana —por ser el producto más sutil de la chispa divina que nos otorga el Creador—, sino que, a su vez, por su enorme poder de irradiación —el que corresponde a un destello de la inteligencia multiplicado en millares de ejemplares impresos—, viene a ser un alma en infinitud de cuerpos. He ahí, en suma, el soporte de la lectura.

RASGOS DE LA LECTURA.

Leer es hacer nuestros los libros. O, dicho de otro modo, es subjetivar lo leído. La lectura significa el volver a crear en nuestra mente lo que el autor ha dejado escrito. Supone un acto de reelaboración mental de las ideas, las enseñanzas o las sugerencias del escritor. Por una parte, la lectura es un impacto, una llamada, un golpe de atención en nuestra mente, en nuestro espíritu, en los mismos poros de nuestra sensibilidad. Por otra, la continuidad de lecturas nos va dejando tal sedimento de ideas, sugerencias y enseñanzas que viene a crear en nosotros una segunda naturaleza.

Nos recrea —esto es, nos entretiene, nos divierte— y, a la vez que nos hace recrear, reelaborar lo leído, nos invita a dialogar íntimamente con el escritor. Pero también nos forma y nos informa, nos completa y nos eleva. Después de haber leído un buen libro podemos aspirar a ser mejores que antes.

Para que la lectura posea todas estas cualidades tiene, naturalmente, sus exigencias. Como advertía Balmes, en la lectura debe cuidarse de dos cosas, escoger bien los libros y leerlos bien. Parece un consejo pueril, por innecesario. Pero sigue y seguirá teniendo siempre plena vigencia. Dejando ahora a un lado el problema de la selección, centrémonos en la segunda exigencia: leer bien. No se vea aquí el aspecto externo o técnico de la lectura, ya que se da por supuesto, si no su trasfondo, su esencia misma. ¿Qué otras condiciones ha de exigirnos el leer bien? Sin

(5) Cfr. José Luis Castillo Puche: *El libro y sus sucedáneos*, en la citada publicación "En torno al libro", Madrid, 1955, págs. 19-27.

duda alguna, y en primer término, la meditación, la reflexión sobre lo leído, única forma de extraer de los libros su auténtico mensaje. Para meditar sobre lo leído es preciso leer con sosiego, se hace necesaria también la soledad. En una carta, dirigida a madame de Charrière, confesaba el escritor francés Benjamín Constant que su elemento eran los libros y la soledad. Y se atribuye a Tomás de Kempis una frase —creo que esculpida al pie de algún monumento erigido en su memoria— que venía a decir, poco más o menos, esto: “He buscado en todas partes el sosiego, y no lo he encontrado sino sentado en un rincón apartado con un libro en las manos.”

Estos dos ejemplos y muchos más que pudieran aducirse no son un azar esporádico. Responden a una evidente necesidad en ese lazo de unión, de convivencia, de íntima comunicación entre el autor del libro y el lector a través de esa operación meditativa de la lectura que requiere recogimiento, porque “la vida humana, *sensu stricto*, por ser intransferible, resulta que es esencialmente soledad, radical soledad” (6).

La lectura supone también una excelente gimnasia mental, viniendo a ser con respecto a la inteligencia lo que el ejercicio es al cuerpo. La lectura, a la manera de un hilo conductor, transmite a nuestro cerebro las emisiones, los mensajes de multitud de libros. En un mismo día, por ejemplo, podemos dialogar con Homero o el Dante, con Shakespeare o Thomas Mann... En estas magnífica gimnasia mental el hombre se hace contemporáneo de las ideas de los hombres de otras épocas y de distintos países, ejercitándose a convivir con las más esclarecidas inteligencias.

De tal convivencia mental surge, necesariamente, la propia reflexión. Tras de la reelaboración personal por parte del lector surgen, a veces, otras ideas, otras sugerencias, que pueden dar origen a la renovación o al progreso de las ideas, las ciencias y las artes. En este proceso incesante de reelaboración y sugestión del pensamiento por medio de la lectura meditativa hallamos una de las facetas más interesantes del constante “devenir” histórico de la cultura, cultivo del espíritu que origina nuevas formas de vida.

La lectura es creadora porque lo es el libro en la mente del que lee. Y lo es de manera distinta en cada individuo, porque el verdadero escritor no lo pone todo en el libro: la parte más esencial de su obra se realiza en el espíritu de sus lectores. Así, ha podido decir don Miguel de Unamuno, con su peculiar sentido paradójico de la vida, que el “Quijote” no lo había escrito Miguel de Cervantes, sino cuantos lo hemos leído. La verdad es que cada lector lleva o posee “su” “Quijote” distinto, a imagen y semejanza de su personalísima reelaboración. Y lleva, en general, la impronta diferente de todo lo que ha leído, conforme al distinto color del cristal con que lo haya mirado, en cada época o en cada caso, allá en lo hondo de su alma. De aquí otro de los rasgos más esenciales y muy diversas influencias sobre cada lector.

El libro viene a ser la lámpara que ilumina en el alma del lector las más variadas influencias síquicas. Una lectura cualquiera nos conduce irremisiblemente

(6) Cfr. José Ortega y Gasset: *El hombre y la gente*. Madrid, 1957, pág. 69.

a nuestro verdadero fondo sentimental o ideológico, ya que, al contacto de las ideas o sugerencias del escritor, las nuestras resurgen de la penumbra de lo subconsciente.

De tan curiosa reacción producida por la lectura —el lector es, a un tiempo, objeto de sugestión y sujeto de imitación— se comprende, asimismo, la poderosa influencia ejercida por los grandes libros que, a veces, han forjado o modelado los más acusados caracteres, a lo largo de toda la historia de la humanidad. La lectura de un libro ha decidido, con frecuencia, la fortuna de un hombre. O, cuando menos, no hay nadie que, después de un sincero examen de conciencia, no se vea obligado a confesar que, a estas horas, sería muy distinto si no hubiera leído éste o aquel libro.

LA VIDA, ENEMIGA DE LA LECTURA.

El libro tiene enemigos en los tres reinos de la naturaleza: desde el polvo y la humedad, los rayos del sol, los insectos o los ratones hasta las amas de casa poco aficionadas a leer e incluso ciertos autores que no debieron escribir y algunos editores que publican obras anodinas... La lectura, si cabe, aún tiene mayores enemigos. Quizá sea el más extendido el de la indiferencia. El contraste entre el estudioso que ve en su colección particular de libros un tesoro inapreciable con diferenciada individualidad cada uno y la criada que no ve en ellos más que una masa amorfa a la cual es preciso quitar el polvo todas las mañanas es un ejemplo, tan frecuente como expresivo, de la actitud corriente ante el libro y la lectura. De aquí el que haya podido decir Emile Faguet que “uno de los enemigos de la lectura es la vida misma, que no es lectura porque no es contemplativa”. Una apegada tradición cultural, la rutina escolar y pedagógica —más discursivas y externas que reflexivas—, el ritmo de las relaciones sociales —cada vez más extravertidas hacia el club, el café, el deporte y el espectáculo—, la deformación de la convivencia familiar —reducida y absorbida hoy por la intromisión en el mismo hogar de la radio y la televisión, como voces e imágenes autoritarias e influyentes— suponen, de consuno, un complejo y poderoso aliado contra la lectura, la cual es, como hemos visto antes, una placentera o necesaria operación solitaria.

Pero si la vida misma ha sido siempre uno de los mayores enemigos de la lectura, lo es todavía más en nuestro tiempo, con la grave amenaza de que aún lo sea en el futuro, en progresión creciente. En nuestro siglo, y, en especial, durante las dos últimas décadas, se viene produciendo una transformación científica, técnica y mecánica tan radical, una tan vertiginosa sobresaturación de civilización —más alto nivel económico, más comodidades, mayores elementos diversivos— que rompe o desequilibra, al rebasarlo, el ritmo propio de la cultura. El hombre de hoy se ha habituado a valorar las cosas tan sólo en la medida que le son útiles. Y sus grandes victorias en el terreno de la ciencia y de la técnica se ha transformado, sin darse él cuenta, en la causa esencial de su deshumanización. El hombre actual no se ha hecho aún due-

ño de las máquinas que ha inventado. Mientras se ha enriquecido y sobresaturado de técnicas y comodidades su vida exterior, se ha ido empobreciendo más y más en sensibilidad, en sentimiento y en contenido espiritual su vida interior. "Librada a sí misma, cada vida se queda vacía, sin tener que hacer. Y como ha de llenarse con algo, se finge frívolamente a sí misma, se dedica a falsas ocupaciones, que nada íntimo, sincero, impone" (7).

La masificación o *estandarización* —como fenómenos característicos de nuestro tiempo— conforman, en general, un tipo medio de hombre adocenado, sin mentalidad ni ideario propios, sometido a un tremendo proceso nivelador. Como afirma Lersch (8), se ha producido la nivelación de los cerebros, la gente se reúne en masa y se piensa en masa. Y el poco tiempo libre de que hoy dispone el hombre lo aprovecha con avidez, con prisa, para esparcirse, casi nunca para recogerse. El enriquecimiento técnico del hombre actual imprime a su vida un ritmo apresurado y le lleva, cada vez más peligrosamente, hacia una progresiva desinteriorización. Lo que gana, con su esparcimiento, en diversidad y extensión, lo pierde en profundidad y en intimidad. En el volver hacia uno mismo, en la interiorización hallaremos el único camino capaz de sacarnos del callejón sin salida de la frívola indiferencia actual. "Sentir reverencia ante las cosas, los seres y los hombres constituye la prueba de una vida interiorizada" (9).

Hay que volver, pues, del frío maquinismo, del goce mostrenco de la técnica, de la exteriorización actual hacia una vida más íntima, más intensa, más varia y rica de contenido espiritual. Es preciso valorar la vida no como una conservación y disfrute de bienes materiales, sino como una aspiración de perfección moral e intelectual. En este sentido se ha de superar la que pudiéramos llamar "crisis de la lectura", no sólo en el aspecto cuantitativo —es preciso leer más—, sino muy especialmente en el cualitativo —se debe leer mejor y lo mejor— que afecta tanto al espíritu atento y reflexivo del lector como a la dignidad de las mismas lecturas.

En esta época hay que buscar o recobrar nuestra intimidad abandonada o perdida y es preciso elevar y modificar integralmente la formación espiritual del hombre medio. Porque, "formar, educar a un hombre en otro tiempo era extraerle de un gran silencio para mostrarle todo lo que contaba en el mundo alrededor suyo. Formar, educar, en cambio, a un hombre de hoy debería ser salvarle, aislarle del ruido y de la confusión. Porque hoy todo se le ofrece, porque llega hasta él sin que él lo pida, hasta sumergirle y destruirle. Por esto, jamás ha sido más necesario que ahora el desarrollar en el hombre su poder de selección... Por esto es ahora más necesario que nunca enseñarle a leer, es decir, a que le tome el gusto a

estar a solas con un libro, a conducirlo hacia su propia soledad, haciéndosela comprender y amar" (10).

MODOS DE LEER.

Claro es que las diferentes clases de libros, de una parte, y las especiales circunstancias subjetivas de los lectores, por otra, implicarán en cada caso particular muy diversos modos de leer.

Hay libros de un momento y libros de todo momento, como observó Ruskin. Unos, son para leerlos enteramente; otros, por partes; muchos, por pasatiempo o curiosidad; algunos, con particular atención. Esta diversidad de libros nos hará leer unas veces para sentir, y otras, para saber. Lo que sí se debe evitar —pues suele ocurrir a menudo— es que la lectura se convierta en un simple y vacío pretexto de disipación mental. Toda lectura, aun la de mera distracción, nos aporta algo y, sobre todo, debe estimularnos para una simultánea y posterior actitud reflexiva.

Muchas veces, el lector actual está contagiado de la prisa de nuestra época, y aunque tenga entre sus manos un libro importante no acierta a penetrar en él y lo lee o lo hojea como si se tratase de una revista ilustrada. A menudo también se solicita en las bibliotecas "un libro bonito que no haga pensar". En esta frase estereotipada, que hemos oído con frecuencia, se dibuja expresivamente la superficialidad, la impersonalidad de una época que siente una especie de horror a la reflexión, sin duda porque casi nadie quiere estar a solas consigo mismo y porque se ignora o se olvida que pensar es una de las más altas y nobles funciones del hombre.

LEER PARA VIVIR.

Si leemos para saber, en el libro hallamos un acervo de conocimientos; si leemos para sentir, el libro es el estímulo o el complemento de nuestra propia sensibilidad. Buscamos en el libro la verdad o anhelamos en sus páginas la ilusión. Unas veces, ávidos de saber, pedimos leer uno o varios libros, y otras veces, abatidos, fatigados, pedimos un libro para leer. Y esto sucede porque en el libro hallamos siempre un mensaje de ciencia o de fantasía, de poesía o de realidad; porque en el libro, en suma, nos encontramos con la vida misma, ya que el libro es, en sí, un jirón de vida... Así pudo escribir Flaubert estas bellísimas palabras que son, quizá, la más persuasiva y equilibrada invitación a la lectura, considerada como una necesidad vital: "No leáis como los niños leen, para divertirlos, ni como los ambiciosos leen, para instruirlos. No. Leed para vivir. Hacedle a vuestra alma una atmósfera intelectual compuesta por la emanación de todos los grandes espíritus."

JOSÉ ANTONIO PÉREZ-RIOJA.

(7) Cfr. José Ortega y Gasset, op. cit.

(8) Cfr. Philipp Lersch: *El hombre en la actualidad*. Madrid, 1958.

(9) *Ibidem*.

(10) Cfr. Jean Guehenno: *Lire*. París, 1954.